



D. M. BRETON DE LOS
HERREROS.

D. Manuel Breton de los Herreros.

La vida de los hombres dedicados esclusivamente á ocupaciones literarias, suele ser muy poco variada, y la escasez de los hechos no da lugar á largas biografías, á no ser que su nombre se halle enlazado con grandes acontecimientos, y revoluciones notables en el órden intelectual, ó bien cuando la persecucion ha acibarado unos dias que consagraban á la instruccion de sus semejantes y á las glorias de su patria. Si bien algunos, como Cervantes y Camoens, han llevado una suerte errante, aventurera y llena de novelescos sucesos, la mayor parte, encerrados en su gabinete, ven deslizarse pacificamente sus horas entre el estudio y la composicion de obras inmortales, dulce, pero monotona tarea, que trae un dia igual á otro dia, y que no deja mas rastro que la nueva página lega-

da por ellos, en medio del silencio y del retiro, á la posteridad. En estas páginas, muchas veces de oro, se halla su verdadera vida; en ellas es donde se debe estudiar una existencia que se escapa á veces á las mas esquisitas diligencias, porque no consiste en hechos, sino en pensamientos, porque es toda ideal, y porque aunque se prolongue durante dilatados años, se recorre rápidamente desde el principio hasta el fin, asi como la vista abarca de una sola ojeada inmensas distancias en la uniforme estension de los mares.

Pero si la vida esterior suele ser para los literatos tan estéril en acontecimientos, la vida interior, por el contrario, deberia ser objeto de profundas indagaciones, y dar márgen á consideraciones de la mas alta importancia. No seria asunto de poco interés el examinar como ha crecido, como se ha desenvuelto aquel entendimiento que tanto ha trabajado, que tanto ha producido; por qué secretas vias ha llegado á la altura en que se encuentra; qué obstáculos ha tenido que vencer; qué esfuerzos ha empleado para superarlos: la curiosidad se cebaria gustosa en el origen de sus ideas, enla causa de sus escritos, en los recursos que supo hallar para llevarlos á cabo. Pero esta historia íntima y secreta de los grandes escritores, es un arcano que solo ellos nos podrian revelar, porque solo de ellos es conocida; y desgraciadamente pocos son los que piensan en hacer al público partícipe de estas curiosas interioridades que tan útiles serian para los progresos del arte. El biógrafo se halla reducido á inducciones mas ó menos acertadas, que la lectura y meditacion de los escritos le sugieren, ó á que dan márgen algunas noticias vagas.

Las anteriores reflexiones se aplican á la mayor parte de nuestros escritores dramáticos: de algunos apenas han quedado mas que sus escritos, sin que la mas esquisita diligencia de los eruditos haya logrado hasta ahora sacar del olvido los hechos de su vida; y las particula-

ridades que se conocen hasta de los mas célebres son tan escasas, que con pocos renglones están dichas. Sin embargo, sus obras son inmensas: su fecundidad asombra; y repartidos sus escritos en los dias de su vida, no solo no se estraña ya el que les faltase tiempo para entregarse á las distracciones de una existencia variada, sino que apenas comprende uno como lo tuvieron para escribir tanto.

Nos abstendremos de igualar aquí con esos genios sublimes al Sr. Breton de los Herreros, objeto de esta biografía: no toca á los contemporáneos señalar el lugar que á los escritores de su época corresponderá entre los que les han precedido: derecho es este de la posteridad, y lejos de usurpárselo, nos contentaremos con presentar nuestro humilde juicio acerca de las obras de un escritor que sin duda pasará á ella, ora se atienda á la fecundidad de que está dando pruebas, ora se haga justicia á las sobresalientes prendas que ha desplegado, y que años ha le han adquirido una popularidad merecida.

La provincia de Logroño, que no cuenta ciertamente entre sus hijos grandes poetas, ha dado nacimiento á este que sin duda bastará para ilustrarla. Nació D. Manuel Breton de los Herreros el dia 19 de Diciembre de 1800, y él mismo nos dice en uno de sus romances cuál fué su patria, en los hermosos versos siguientes:

Cerca del Ebro caudal,
Linde del suelo navarro,
Y no lejos de tu falda,
Encanecido Moncayo,
Junto á la vega sombria
Donde los muros se alzaron
De la inmortal Calahorra
Que aun maldice á los romanos,
A la sombra de una peña
Que desafía á los astros,

Se asienta la humilde villa
Do ví mis primeros años.
Quel es su nombre........

Nombre, en verdad, poco conocido de los geógrafos, como igualmente el del *Cidacos*, arroyo á cuya márgen descansa aquella corta poblacion, si bien este último no desdeciría por su sonoridad al lado de los que tanta fama deben á los inmortales versos de Homero.

Vino Breton muy jóven á Madrid é hizo sus primeros estudios bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad. Hallábase entonces esta capital sujeta al dominio de los franceses; por esta razon, y mas aun por la tierna edad de nuestro poeta, no pudo tomar parte en la memorable lucha que sostenia entonces la nacion española contra el capitan del siglo, y á la cual sin duda se hubiera lanzado, á tener mas años, pues hervia en su pecho el amor patrio, ansiando derramar su sangre por la independencia nacional, entonces amenazada. Dando ya muestras en su tierna edad, de la vena poética que tan abundante debia correr con el tiempo, sus primeros, aunque toscos, ensayos poéticos, tenian por objeto exhalar el odio que todo español alimentaba entonces contra los pérfidos invasores, y celebrar las glorias que alcanzaban nuestras armas en tan repetidos combates. Leia y aprendia con avidez las poesías patrióticas de Quintana, Gallego y Arriaza, y repetia los cantos populares, menos poéticos, pero igualmente entusiastas, que corrian de boca en boca; siendo estas composiciones su primera escuela de poesía, asi como fueron tambien el manantial donde bebió los sentimientos patrióticos que le animaban. Llegaron estos á tal punto, que en 1814, cuando la capital se vió por fin libre de sus dominadores, y teniendo apenas Breton la fuerza suficiente para sostener las armas, si bien su físico estaba mas desarrollado de lo que su edad prometia, abandonó

los estudios, y entró á servir en el ejército en calidad de voluntario distinguido, permaneciendo en el servicio hasta 1822, es decir, durante unos ocho años.

Séanos permitido aqui deplorar esta resolucion de nuestro poeta: si bien noble, si bien muy conforme con su edad y su patriotismo, el largo periodo de su vida que á resultas de ella pasó en el ejército, fue perdido para el estudio, perdido para las letras. Hallábase entonces en la edad en que las impresiones son mas vivas, mas fuertes, mas permanentes, y en que por lo tanto influyen de un modo indeleble en el carácter, en las ideas, en el modo de considerar los hombres y las cosas. No obstante, seria error el creer que el Sr. Breton desperdició totalmente aquel tiempo. Habia ya gustado las delicias de la poesía; conocidos le eran nuestros autores clásicos y los latinos; recordaba las lecciones de sus maestros; sentia dentro de sí aquel impulso hácia el estudio que anima secretamente al que ha nacido para ser algo en la república de las letras; y unido esto á su natural laboriosidad, conserváronse vivos los gérmenes que recibiera de los PP. Escolapios, y fuéronse desarrollando aun en medio de ocupaciones tan poco favorables á su sólida instruccion. La paz de que gozaba entonces la nacion, permitia largos momentos de ocio que el jóven soldado aprovechaba para sus adelantos intelectuales: sus buenas disposiciones, el aprecio en que le tenian sus gefes, el talento que desplegaba en cualquier circunstancia, la amabilidad de su trato, y aun los chistes con que alegraba á sus conpañeros, siendo como el presagio de su carrera dramática, todo hizo que se le destinase á ocupaciones donde su ingenio se ejercitaba y adquiria nuevas fuerzas. Tuvo ocasion de ensayar estas fuerzas en algunas composiciones; la lectura de nuestras comedias antiguas le señaló casi instintivamente la carrera para que habia nacido, le apasionó por el teatro, le inspiró

el deseo de ser tambien poeta cómico, y ya á los diez y siete años tenia compuesta la comedia de *A la vejez viruelas*, que andando el tiempo debia dar principio á su reputacion literaria.

Aun hay mas: la vida militar, considerada con respecto á la clase de obras que habian de constituir su fama, pudo serle de no poca utilidad, por lo especial de ciertas ideas y conocimientos que debió adquirir en ella. Con efecto, la primera calidad que necesita un poeta dramático es el conocimiento de la sociedad en todas sus clases, especialmente en aquellas que deben formar mas á menudo el objeto de sus cuadros. Este conocimiento no lo puede adquirir el jóven que permanece encerrado en la casa paterna, rodeado solo de libros y de una sociedad escojida y uniforme. Para pintar al pueblo en sus tan variadas formas, es preciso vivir con él, confundirse entre la multitud, rozarse con el artesano, el soldado, el labrador, el mercader, el comerciante, con ricos y pobres, oir su lenguaje, aprender sus dichos; estudiar sus costumbres, gravar en la imaginacion su verdadera fisonomía; solo asi se llega á la verdad, á la perfeccion en los cuadros; solo asi se logra que ese mismo pueblo, reunido en el teatro, se reconozca, simpatice con el autor, aplauda y admire. Ahora bien, pocas carreras de la vida son tan á propósito para esto como la militar. El soldado, en continuo movimiento, mudando con frecuencia de guarnicion, de pueblo, recorre sucesivamente desde el villorro mas humilde hasta la ciudad mas populosa, penetra en las habitaciones de toda clase de personas, trata á estas con intimidad, toma parte en sus juegos, en sus conversaciones; no hay para él lugar oculto, secreto que no penetre; pasa por multitud de lances, de aventuras, que le revelan las diferentes situaciones de la vida, representándole en su realidad toda clase de caracteres; y esto, para el ingenio observador,

es una escuela donde aprende mas y mejor que en los libros de los sabios. Quien haya leido las comedias de Breton, conocerá fácilmente que semejante escuela no ha sido para él de ningun modo perdida.

Nos hemos detenido un poco en esta época de la vida de nuestro poeta, porque en ella está tal vez el origen de las bellezas y defectos que se han aplaudido ó reprobado en sus obras, y porque en una vida escasa de acontecimientos, conviene observar los pocos que han podido influir en toda ella, ó dar cierta direccion al talento cuya historia es la que principalmente interesa.

La revolucion de 1820 halló al señor Breton sirviendo todavia en el ejército, y como este fue el agente principal de ella, mostróse, mas que en ninguna parte, en sus filas, el entusiasmo que aquel suceso inspíraba. No podia menos el jóven poeta de participar de este entusiasmo; y asi es que ya en la tribuna de las sociedades patrióticas con enérgicas peroraciones, ya en los convites, frecuentes entonces, con improvisaciones que todos celebraban, ya, en fin, en los combates, contra los enemigos de las nuevas instituciones, en todas partes mostró su ardiente amor por la libertad, y su ardor por defenderla.

Corria ya á su fin el trienio constitucional, cuando el Sr. Breton dejó la carrera militar, y fué colocado en el ramo de Hacienda, encargándosele sucesivamente las secretarías de las Intendencias de Játiva y Valencia. Ignoramos si en esta nueva carrera hubiera sido solo un buen empleado, ó si los destellos que ya habian brillado en él de poeta, sobre todo la aficion que mostraba hácia el teatro, le hubieran tambien llevado á probar fortuna en la escena: mucho puede la inclinacion, mucho influye en las disposiciones naturales; mas sin una causa que nos impela tal vez á hacer por fuerza aquello mismo

para que hemos nacido, tales disposiciones suelen permanecer comprimidas, y acaban por desaparecer bajo el peso de circunstancias imperiosas. A haber continuado el sistema constitucional, el Sr. Breton seria solo quizás á estas horas un buen intendente; pero como quiera que sea, los acontecimientos políticos se encargaron muy en breve de darnos en él un nuevo poeta cómico.

Habiase verificado la reaccion de 1823: Breton se veia despojado de su empleo, de sus esperanzas, comprendido en el número de los proscriptos, y vino á Madrid á refugiarse en el seno de su familia, necesitando buscar un medio de no serla gravoso y de labrarse una nueva carrera. Acordándose entonces de la comedia que años atrás habia escrito sin ánimo de darla al teatro, la desenterró de donde yacia, le dió la última mano, y resolvió probar fortuna. Representóse *A la vejez viruelas* en el teatro del Principe, en 14 de octubre de 1824: el éxito superó á sus esperanzas; y en vista de este suceso, resolvió atravesar aquella desgraciada época, y contrarestar su mala suerte, escribiendo para el teatro. Triste recurso á la verdad, que procuraba entonces muy mezquinas ganancias, y aun estas á fuerza de improbo trabajo y de constancia á toda prueba.

Para dar á conocer todo el mérito de Breton, y lo que tuvo que vencer, convendrá hacer aqui una reseña del estado en que se hallaban á la sazon nuestros teatros, y de la suerte de los poetas dramáticos, si es que poetas dramáticos existian entonces.

De tiempo inmemorial estaban los teatros de la corte confiados á la direccion de compañias cómicas, en cuya formacion intervenia el Ayuntamiento, con sujecion al corregidor de Madrid, que como juez protector de teatros en todo el reino, ejercia en ellos una autoridad despótica. Este réjimen sin embargo sufria con fre-

cuencia notables alteraciones, que no es de este momento referir, y últimamente, durante casi toda la época constitucional, habian sucedido á las compañias varias empresas, casi todas con poca fortuna, á tal punto que los teatros vinieron á cerrarse, y lo estaban cuando los deplorables sucesos de 1823. Tomólos entonces un francés recientemente establecido en España: era este D. Juan Grimaldi, que despues se casó con la célebre actriz Concepcion Rodriguez, y al que debió la escena considerables mejoras. La empresa de Grimaldi, con todo, fue de muy corta duracion, y en pascua florida de 1824 volvieron los cómicos á encargarse de los teatros, formando compañias bajo el método antiguo. Sin embargo, este orden de cosas no podia subsistir, porque se habia verificado un cambio notable en el gusto del público, cambio que exijia goces escénicos de nueva especie, que no podian satisfacer las compañias cómicas; y era preciso proporcionar á toda costa.

Era este cambio la indiferencia con que se miraban las representaciones cómicas, y la aficion cada vez creciente á los espectáculos líricos, á la ópera italiana. Aquella indiferencia y esta aficion tenian ambas causas poderosas que á la sazon producian efectos irremediables.

Desde la retirada y muerte de Maiquez habia empezado á decaer la escena española. De repente se vieron desaparecer de ella multitud de piezas que eran el embeleso de los espectadores, por la manera admirable con que aquel insigne actor las representaba. En vano, algunos de los actores que con él habian trabajado, quisieron reproducir los papeles en que sobresalia: solo consiguieron indiferencia ó desengaños, y hubieron de convencerse de que no era ya la herencia de aquel grande hombre la que habia de llenar las vacias arcas de la empresa: fue preciso buscar en la variedad y mul-

titud de las funciones nuevas lo que no podía dar el primor de la representacion. Los sucesos politicos procuraron por de pronto piezas de circunstancias, funciones patrióticas, y hasta la reaparicion en la escena de comedias prohibidas; pero el restablecimiento del gobierno absoluto privó de este recurso, y entonces empezó á ser mas palpable que nunca la decadencia del teatro nacional.

Para completar su desgracia y apresurar su ruina, era aquella la época en que resonaban por toda Europa los acentos del gran Rossini, y en que este sublime compositor daba á luz cada dia un nuevo portento del arte. No podia ser España indiferente al entusiasmo que inspiraban sus encantadoras melodías, y los habitantes de Madrid solo pedian ya óperas á las empresas teatrales. Habian satisfecho, aunque imperfectamente, este deseo, las empresas de los años 22 y 23: las compañías cómicas que les sucedieron quisieron acallar al público con cantantes españoles; pero el público pedia italianos; el clamór se hizo general, irresistible: la autoridad impuso á los cómicos la obligacion de contratar una compañia completa de ópera italiana, y aquellos tuvieron que ceder, ejecutando lo que habia de arruinarlos. Asi sucedió: la ópera por muchos años llamó esclusivamente la atencion pública, á pesar de los esfuerzos de los actores por variar y dar aparato á las representaciones cómicas, estas se vieron desiertas; y como por otra parte la ópera no daba tampoco lo suficiente para sufragar sus gastos, las compañias se arruinaron, quedaron empeñadas, se les quitó la propiedad de los teatros, y estos pasaron definitivamente á ser regidos por empresas, ya de particulares ya del Ayuntamiento. Estas empresas hicieron grandes gastos, asi para sostener la ópera, como para dar vida á la decaida comedia, y á trueque de arruinarse todas, la escena ganó en magnificencia y decoro.

Empezó, pues, á escribir Breton en la época mas desfavorable, cuando habia llegado á su punto la aficion á la ópera, y se miraba con la mayor indiferencia el teatro nacional. Este, sin embargo, no carecia de actores apreciables. Vivian aun casi todos los compañeros de Maiquez: habian aparecido otros nuevos que desde luego se colocaron en primera línea; las direcciones estaban confiadas á hombres inteligentes como pocos, y la actividad era grande; las funciones se ejecutaban con gran perfeccion á veces, y se ponian en escena con nunca visto aparato; mas faltaban dos cosas para que la escena española volviese á llamar la multitud: primera, que pasase el furor filarmónico: segunda, que se escribiesen obras originales, creandose, por decirlo así, un nuevo teatro nacional que pudiese mirar el público con interés y predileccion. Lo primero se podia esperar muy en breve por el cansancio que suelen producir las aficiones desmedidas y pródigamente satisfechas; lo segundo era mas difícil, y estaba mucho mas remoto, porque ni las circunstancias de la nacion, ni las del teatro, ni aun el estado de la literatura, asi en España como fuera de ella, eran favorables á la produccion de semejante fenómeno. Con todo, este fenómeno se debia verificar, ó por lo menos tener principio: habia de llegar un tiempo en que con mas ó menos talento, mas ó menos fortuna, un crecido número de poetas acudiese á coger laureles en el teatro, tocándole al Sr. Breton la gloria de abrir la carrera y hallarse al frente de todos; gloria que no es escasa, atendidos el poco estímulo que habia entonces en España para ser poeta dramático, los obstáculos de todo género que era preciso vencer, y los disgustos que á cada paso se ofrecian.

En primer lugar, la recompensa pecuniaria era tan escasa, que mas bien parecia limosna que justa remuneracion del trabajo y del talento. De muy antiguo las

comedias se han pagado mal en España; y para que un ingenio pudiese sacar de ellas lo suficiente á su decorosa subsistencia, necesitaba estar dotado de prodigiosa fecundidad. Quinientos rs. le daban á Lope de Vega por cada una de sus producciones: á principios de este siglo habia subido algo mas la tara; pues, segun dice Moratin en el Café, valian las comedias quince doblones en verano y veinticinco en invierno. Cuando Breton empezó á escribir no habia precio fijo: el autor ó traductor entregaba su obra; los cómicos la hacian, y luego daban la cantidad que bien les acomodaba, en lo cual no andaban nunca sobrado generosos. Dos mil rs. era la recompensa con que brindaban al autor de una tragedia original; es decir, de una obra que se consideraba como la perfeccion del arte, el último esfuerzo de un escritor dramático. Mil trescientos rs. le valió al Sr. Breton su comedia de *A Madrid me vuelvo*, que llenó durante muchos dias el teatro.

Aun peor suerte les cabia á los miseros ingenios en la imprenta: ó quedaban sus obras inéditas en los archivos de los teatros, ó algun librero se apoderaba de ellas, como bien mostrenco, imprimiéndolas por su cuenta sin miramiento alguno, ni respeto á la propiedad literaria entramente desconocida. Cuando esto no sucedia, no pasaba de cuatrocientos reales lo que, en casos muy raros, dada el impresor; y muchas veces el autor le regalaba su comedia por solo el gusto de verla en letras de molde, dándole mil gracias por el inmenso favor que en ello se le hacia. «Allí tengo, decia cierto impresor á cierto poeta, á quien esto habia sucedido, allí tengo toda la edicion para regalársela á usted si quiere; solo por complacer á usted he impreso la comedia.» Sucedió, sin embargo, que necesitando el ingenio algunos ejemplares, se registraron libreria y almacen, y solo tres se encontraron.

Pero otro obstáculo, mas insuperable, se oponia al vuelo del ingenio, así en esto como en todo. Era este

obstáculo la censura, mas pesada todavia en materias de teatro, que en otro cualquier ramo de literatura. Para las obras dramáticas existian dos censuras; la política y la eclesiástica. Esta última sobre todo era en estremo dura, como entregada á los frailes, gente estraña y aun adversa á las comedias. Fama ha dejado en este punto el padre Carrillo, del convento de la Victoria, que por muchos años fué el azote de los poetas dramáticos. Fraile de escesiva obesidad, de entendimiento boto, mugriento, sucio, todo empolvado de tabaco rapé, cuya mayor delicia consistia en asistir los reos en capilla y acompañarlos al cadalso, fácil es de conocer de qué modo ejerceria este buen padre su terrible ministerio. No sabemos por qué capricho ó escrúpulo de conciencia, borró al señor Breton, en una de sus comedias, la palabra *pobre* en todas partes donde se encontraba. Ni la espresion *angel mio*, ni la de *yo te adoro*, obtenian jamás cuartel, porque en su opinion solo eran permitidas tratándose de las cosas celestes. En cierta ocasion quitó con grande enojo la frase de *aborrezco la victoria*, por creer que se dirijia á su convento; en otra, viendo que para describir á un médico se decia:

por donde quiera que pasa
le llaman la estrema-uncion,

rayó esta espresion, á su entender sacrílega, y puso en su lugar: *le llaman golfo leon.* Presentósele una tragedia de *Clitemnestra*, y se empeñó en que Orestes no habia de matar á su madre. Alegaba el autor ser un hecho consagrado en la fábula. «Que trabajo, contestó el fraile, le cuesta á usted el poner otro final?» Viendo que el poeta se resistia, encargóse él mismo de hacer la variacion, y la ejecutó de modo que aquel tuvo por conveniente guardarse la obra y perder su trabajo. Graciosos trozos de poesia suya se podria sacar de los archivos teatrales; solo nos podemos acordar de un verso notable por la ar-

monia y por lo oportuno de la enmienda. Preguntábase al protagonista de una tragedia ¿qué recurso le quedaba en su desesperada situacion? Y respondia: *Mi espada y el desprecio de la muerte.* No hubo de gustarle este verso al padre Carrillo que, como buen cristiano, no queria que nadie se suicidase, y le reemplazó por este otro; *Me voy, me voy, que estar mas aquí no puedo.*

No se crea, sin embargo, que este buen fraile dejase de tener su aficion literaria: una tenia, á favor de la cual lograban pase muchas comedias, y que no fue de poca utilidad al teatro de la Cruz. Esta aficion, ¿lo creerán los lectores? era á las comedias del Maestro Tirso de Molina, á las cuales, decia, era conciencia quitar un solo verso, y que con efecto, salian casi intactas de sus manos; asi es que toda comedia antigua se le presentaba como obra de aquel, y se tenia por segura la licencia. Y no solo miraba con este cariño é indulgencia las producciones del chistoso y picaresco Mercenario, magüer lo libres é inmorales que suelen ser, sino que se deleitaba en verlas representar, y asi lo hacia los dias de fiesta por la tarde. Ibase primero al cuarto de Barbieri, alcaide y fac-totum del teatro de la Cruz, con quien tenia amistad estrecha y que le acariciaba para tenerle propicio. El lisongero italiano le tenia dispuesta una opipara comida, con platos que él mismo aderezaba de entre los que sabia ser de su predileccion, y el rígido censor, despues de hartarse, en lo cual no era escaso, tras una taza de esquisito café, se metia en un palco segundo, y alli oculto en el fondo, desarrugaba su ceño habitual recreándose con la maliciosa desenvoltura de su poeta favorito.

En vista del escaso premio que un escritor podia esperar de sus obras, y de las dificultades que presentaba la censura, ¿còmo arriesgarse á no hacer mas que comedias originales, y estar trabajando tres ó cuatro meses para coger tan poco fruto, ó tal vez para perder del todo

un improbo trabajo? El único partido era dedicarse con preferencia á las traducciones, en las que hasta cierto punto se podia caminar sobre seguro respecto de la censura, ó dado caso que se prohibiesen, no era la pérdida tan costosa. Para la fama, ó por mejor decir, segun la espresion de Moratin, para mostrar que se sabia hacer, y que no se queria, podíase escribir de vez en cuando una comedia original, que aun las compañías miraban y remiraban antes de poner en escena. Asi sucedió al señor Breton: tras su primera produccion, hizo los *Dos Sobrinos*, primera obra suya en verso; y en el espacio de dos años compuso además *El Ingenuo, Achaques á los vicios* y *A Madrid me vuelvo*: costóle trabajo hacer representar la primera que aun permanece inédita; no pudo lograrlo de ningun modo con la segunda, que solo se ejecutó años atrás en el teatro de Sevilla, y fue preciso que interviniese la autoridad para que se pusiese en escena la tercera, cuyo feliz éxito dió principio á la popularidad dramática de que su autor goza en el dia.

Nadie culpará, pues al Sr. Breton por haber malgastado su ingenio en multitud de traducciones, las cuales, por otra parte, han sido hechas por él con sumo esmero y gran conciencia, sin embargo de lo frecuentemente que se sucedian unas á otras. La necesidad que tenian las compañias y empresas de dar continuas novedades, la amistad del Sr. Breton con Grimaldi, á quien estaba confiada la direccion del teatro del Príncipe, dieron ocasion á tan repetidos trabajos, á tal punto que hubo tiempo en que su nombre reinaba casi esclusivamente en los carteles. Las mas notables de estas traducciones fueron varias tragedias, género que todavia gozaba del privilegio de atraer con preferencia á la multitud, particularmente en el espresado teatro, donde habia actores especiales para él, mostrándose Latorre un digno sucesor de Maiquez, y desplegando la Rodriguez talentos que en

ninguna otra actriz trágica se habian conocido. Las tragedias que entonces y despues ha traducido nuestro poeta, son: *Andrómaca*, *Ifigenia*, *Inés de Castro*, *Dido*, *Mitridates*, *Ariadna*, *Antígona*, *María Estuarda* y los *Hijos de Eduardo*. De ellas no todas se han representado ni impreso: tampoco todas tienen igual mérito literario. Hállase en las primeras una versificacion bastante floja y prosaica; pero á cada nueva traduccion era fácil notar un sensible progreso; *Dido* y *María Estuarda* pueden ya ponerse al lado de nuestras mejores traducciones, y la de los *Hijos de Eduardo*, hecha bastantes años despues, debe presentarse como un modelo que pocos igualarán.

En medio de estos trabajos dramáticos, la laboriosidad del Sr. Breton hallaba tiempo para otras muchas tareas literarias. La primera fue volver de nuevo con ahinco á sus estudios algo descuidados durante su carrera militar, siendo tal su afan en esto, que recuperó con creces lo qne podia haber perdido. Compuso igualmente un buen número de poesías sueltas que reunió y publicó en un tomo el año de 1831. En ellas ensayó aquella facilidad y soltura que en medio de las mayores trabas de la versificacion y de la rima ha brillado tanto despues en sus producciones, y forma la prenda característica de este poeta. Ya se conoce allí el deseo de buscar consonantes difíciles que parecen no obstante como ocurridos sin esfuerzo: ya se divisa la aficion á los esdrújulos que tal vez ha prodigado mas de lo conveniente en sus comedias. Prueba de ello es aquel romance de los *lamentos de un poeta* que empieza así:

Reniego del astro pésimo
cuya influencia recóndita,
me aficionó á la poética
que ya maldice mi cólera.
Harto mas valido hubiérame

estudiar forenses fórmulas,
y henchir mi mente del fárrago
de jurisprudencia lóbrega.
Con esto, y charlar á cántaros,
y con un poco de mónita,
rico viviera y espléndido,
á espensas de gente estólida;
Que en este siglo misérrimo
campa la avaricia sórdida,
la verdad perdió su crédito,
la moral es una andrómina;
Y en el agitado piélago
de las pasiones indómitas
pesca sin temer al Abrego
de un abogado la góndola.

La siguiente letrilla, en medio de la dificultad de una misma rima que se repite á cada estrofa; corre fácil, llena de gracia y de chiste.

Brame el cierzo enhorabuena,
que mal pueden darme pena,
crudo invierno, tus rigores,
cuando me brindan amores
los ojos de mi morena.
Mientras el cañon atruena
las ondas del yerto Escalda,
al son de rústica avena
yo canto en la verde falda
los ojos de mi morena.
Amarre á dura cadena
el francés batallador
á la turba sarracena,
mientras me llaman señor
los ojos de mi morena.
Mas que en la playa tirrena
tiemblan hombres y ganados

si el Etna abrasado truena,
tiemblo yo de ver airados
los ojos de mi morena.
Mas que la del rico Sena
precio yo tu pobre arena,
Guadalquivir espumoso,
que en ella me hacen dichoso
los ojos de mi morena.
Otros con frágil entena
navegan en pos del oro
que á la virtud encadena;
yo no, que son mi tesoro
los ojos de mi morena.
¡Oh como el alma enagena
en el soto umbrío el canto
de amorosa Filomena!
Pues aun tienen mas encanto
los ojos de mi morena.
¡Oh como en noche serena
brilla la luz argentada
que el prado y el monte llena!
Pues la dejan afrentada
los ojos de mi morena.
Si una y otra flor amena
cubren de dulce ambrosía
la artificiosa colmena,
mas dulces son todavia
los ojos de mi morena.
No mas en copiosa vena
lloraré la desventura
á que el hado me condena,
pues dan premio á mi ternura
los ojos de mi morena.

Tal vez no agraden estos versos á los sectarios de la nueva poesía nebulosa y plañidora: tal vez tengan para

ellos un sabor harto clásico; mas el que guste de la armonía unida á la claridad de la espresion y á la gracia del pensamiento, no podrá menos de recrearse con su lectura.

Entre las composiciones publicadas por el Sr. Breton en aquella época de su vida, merecen particular mencion y un lugar preferente, varias sátiras en tercetos, metro difícil, casi abandonado ahora, aunque muy en favor entre nuestros poetas antiguos, y que aquel maneja con no menos maestría. Aunque no hubiese dado á luz mas que estas sátiras, bastarian para señalarle un lugar distinguido entre nuestros mejores escritores. El verso endecasílabo tiene en estas composiciones mas rotundidad, mas armonía que en las demas del mismo autor, sin duda porque las trabas de la rima, lejos de embarazarle, aumentan su numen poético y le elevan á mayor altura. Todas ellas chispean desde el primer terceto hasta el último de aquella sal picante que forma el mérito principal de este género de escritos, y no pocas veces tomando en algunas el tono de la epístola moral, se eleva hasta la mas alta poesía. La lectura deja el sentimiento de que su autor haya abandonado un género en que á tal punto sobresale y en que tantos asuntos dignos de su pluma le suministrarian las miserias y desaciertos de la época que vamos corriendo.

Los títulos de estas sátiras son: *Contra el furor filarmónico.—Contra los hombres, en defensa de las mugeres.—Contra la manía de escribir para el público.—Contra los abusos introducidos en la declamacion teatral.—Contra la hipocresía.—Al carnaval.—Recuerdos de un baile.—Epístola moral sobre las costumbres del siglo.* Esta última es muy posterior, y ha sido premiada en los juegos florales del Liceo, el año de 1841.

Dió lugar á la primera sátira el furor filarmónico que reinaba á la sazon en Madrid, y de que ya hemos habla-

do anteriormente. Natural era que un poeta dramático que se sentia lleno de inspiraciones, que ya habia dado pruebas de su talento, que solo le pedia al público un poco de atencion para soltar su rica y abundante vena, natural era, decimos, que se irritase con la indiferencia que entonces se mostraba hácia el teatro nacional, y el entusiasmo que inspiraban los cantantes estranjeros, y mas natural era aun que el mismo poeta acudiere para combatir tan ridícula mania á las armas que le habia dado el cielo.

He aqui cómo el poeta desahogaba en esta sátira su justa ira.

No soy yo de la música contrario;
solo pudiera serlo un delirante.

. . . .

Mas mi cólera, Anfriso, no consiente
que ensalzando de Italia á los cantores
al español teatro asi se afrente.
Tribútese en buen hora mil loores
á una voz peregrina; y no olvidemos
que en Madrid hay comedias, hay actores.
No sea todo *bravos*, todo estremos
cuando acata á su reina el pueblo asirio;
y al escuchar á *Inarco* bostezemos.
No aplaudamos un *duo* con delirio;
y Calderon y el célebre Moreto
en vez de almo placer nos den martirio.

. . . .

No es risa ver al pueblo como brega
para alcanzar billete del *Crociato?*
¡A tanto, Anfriso, la locura llega!
Uno pierde la capa, otro un zapato;
otro desde la víspera bosteza
sobre la dura losa. ¡Mentecato!
¡Las diez! Entonces el motin empieza.—

«¡Orden! ¡Orden!—¡Soldados, en batalla!—
La plebe á un lado, al otro la nobleza.—
¡Atrás!—¡Buen culatazo á la canalla!»—
¡Nada! ¿Quién la contiene? Aunque á sus ojos
diez cañones cargasen de metralla.
¡Qué de girones luego y de despojos!
¡Cuántos, sobre quedarse sin tarjeta,
descalabrados van, mancos ó cojos!

. . . .

¿A quién en tanto, á quién no desconsuela
el ver cuando no hay ópera desiertos
patio, palcos, lunetas, ó cazuela?—
«Este calor cruel nos tiene muertos.—
Sudar en la comedia es *de mal tono*.—
Los cómicos son torpes, inespertos.—
Si es trágica la accíon, me desazono;
si es moral, me empalaga, si es jocosa....—
Vaya usté en mi lugar: cedo el abono.»—

. . . .

¡Oh! tú, santuario de virtud austera,
teatro nacional, que fuiste un dia
norma y recreo de la gente ibera;
Prestigio de mi ardiente fantasía,
tú, á quien tanta vigilia he consagrado,
puerto amigable en la tormenta mia;
Tú que el sesgo camino me has trazado
que al malogrado Inarco diviniza;
si bien se atasca en él mi pié cuitado.
Tú que en vano á la moda antojadiza
moral opones, variedad, buen gusto,
invadida por gente advenediza;
Teatro nacional, mi ceño adusto
á vengar tus agravios se prepara
y á vapular al populacho injusto.

A la verdad el vapuleo fue terrible, y suscitó contra

el autor de la sátira una furiosa tempestad, una rabia filarmónica que se desahogó con gritos en los cafés, y aun suscitó una reñida polémica en el *Correo mercantil*, único periódico que existia. Tal vez no tuvo poca parte este acontecimiento en que Breton, al año siguiente, abandonase la capital, marchándose á Sevilla. Sucedió aquel año que D. Juan Grimaldi, su esposa, Latorre, Caprara y otros apreciables actores, abandonaron estos teatros, dejaron huérfana la escena madrileña, y fueron á buscar en Andalucia los aplausos que les negaban los obstinados filarmónicos que no hallaban coronas bastantes que poner á los pies de su adorada Tossi. Siguiólos Breton, y fue á beber nuevas inspiraciones al suelo que produce los poetas con tanta abundancia como las olivas y las naranjas. Por fortuna la ausencia de todos ellos fué corta, y en breve volvieron, los actores para dar nuevo lustre á la escena, Breton para entrar en otro periodo de su vida dramática mas fecundo y glorioso que el primero.

Con efecto, empezando desde 1830; un nuevo porvenir parecia abrirse, asi á la nacion como á las musas españolas. La entrada en Madrid de la reina Cristina, radiante de juventud, de gracia y de hermosura, fue como la aurora de aquel porvenir, y ya todos los pechos, como presagiando lo que habia de suceder, se entregaban á la esperanza, llenándose de dulces ilusiones. Los vates españoles, hasta los que habian enmudecido, entonaron por todas partes cantos en loor de la Princesa que aparecia como un Iris de bonanza, cantos la mayor parte espontáneos, libres y salidos del fondo del corazon. Los acontecimientos de Francia que, mas ó menos tarde, tenian que ser trascendentales á España, hacian columbrar una época de libertad, y notábase en los ánimos una agitacion sorda, preludio de mas importantes movimientos. La enfermedad del Rey, la Amnistia, la pri-

mera regencia de María Cristina, las importantes reformas que durante ella se hicieron, el nuevo rumbo que tomó nuestra política interior, todo aumentó aquella agitacion, y nos hizo ver que pisábamos ya el terreno de las revoluciones. No tardamos en engolfarnos totalmente en él; las ideas de libertad conmovieron la monarquía, suscitaron las pasiones, engendraron los partidos; y en medio de esta lucha que hemos presenciado, que todavia subsiste, los ingenios desembarazados de sus antiguas trabas, se lanzaron al campo que les ofrecia la prensa, y no fue la poesía la mas tardía, ni la que menos muestras dió de su fecundidad, constituyendo tal vez uno de los mas bellos lauros de esta revolucion que ha dado lugar á tantos estravios del entendimiento.

No tienen á la verdad, los escritos del Sr. Breton un carácter político; mas en algunos de ellos no ha dejado de aludir á las circunstancias de la época en que se publicaron, y ha tomado parte en la redaccion de ciertos periódicos, bien que solo en lo relativo á la amena literatura y crítica dramática. Ya al regreso de su viage á Andalucia, habia escrito en el *Correo mercantil*, y posteriormente amenizó el folletin de la *Abeja* con multitud de poesías sueltas y artículos de literatura y de costumbres.

No juzgaremos al Sr. Breton en esta parte de sus trabajos periodísticos, á los cuales él mismo no da mas importancia de la que se merecen; y que si bien pudieran fundar la reputacion de otro, en él solo forman una parte escasa de una corona literaria, donde se ostentan mas gloriosos laureles. Nos limitaremos á decir que su crítica fue siempre templada y urbana, y en sus artículos de costumbres brilla aquel chiste y tersura de lenguage que siempre le distinguen.

Pero la parte de estos escritos que no puede pasarse en silencio, la que tiene un mérito no comun, peculiar

del Sr. Breton, es la série de letrillas la mayor parte jocoso-políticas, que insertó en la *Abeja.* Lástima es que anden perdidas en periódicos que por su naturaleza son escritos pasageros que se leen por la mañana y se olvidan por la tarde, y es de desear que estas letrillas y todas las que ha hecho el Sr. Breton, se reunan en un tomo, el cual seria ciertamente una de sus obras que con mas placer se leerian. Por los diferentes objetos de que tratan, por la gracia y ligereza con que están escritas, por la belleza de la versificacion, no dudamos que se harian populares, dando á su autor una reputacion en algo semejante á la de que goza en Francia el célebre *Beranger.* Para muestra copiaremos la siguiente sobre el *brasero.*

Dirán que soy friolero;
que soy un cierzo, un enero;
pero
júrole á usted por mí honor
que no hay un mueble mejor
que el *brasero.*

Si el termómetro requiero,
apunta dos bajo cero;
pero
del termómetro me rio,
que me preserva del frio
mi *brasero.*

Si está el carbon muy entero,
me dà un tufo que me muero;
pero
se echa un cuarto de alhucema,
y no hay quien el tufo tema
del *brasero.*

Fama cual otros no espero
revolviendo el mundo entero;
pero

me bebo alegre una azumbre
mientras revuelvo la lumbre
del *brasero.*
Y asando estoy con reposo
en las ascuas un hermoso
pero,
mientras se quema la pata
y huye bufando la gata
del *brasero.*
No tengo un gran cocinero
ni mesa del alto clero;
pero
como á gusto en la tarima
que suelo poner encima
del *brasero.*
Es mueble antiguo, somero,
de mal tono, chapucero;
pero
á toda la vecindad
me reune en sociedad
el *brasero.*
La chimenea yo infiero
que da mayor reberbero;
pero
inspira mas confianza,
mas intimidad la usanza
del *brasero.*
Es el pudor muy severo
de la muchacha que quiero;
pero
¡qué delicia! alza la ropa
por no quemarla en la copa
del *brasero.*
Y aguarda, que en el tintero
me dejo el mas lisongero

pero:
¡Las maniobras que consiente
la *camilla*, confidente
del *brasero*!

Vengamos ahora á la parte de los escritos del Sr. Breton que forma su principal gloria literaria, á sus comedias. Ya hemos citado las que compuso antes de su viage á Sevilla, manifestando la suerte que á cada cual les cupo. Hallándose en la capital de Andalucía, escribió y se representó en aquel teatro una en cinco actos y en verso cuyo título era *La falsa ilustracion*, obteniendo un éxito satisfactorio. Tenia esta comedia un objeto mas elevado que ninguna de sus anteriores, y habia en ella mas profundidad y filosofía. A pesar de esto, ó por esto mismo, cuando á su vuelta la dió á la escena en Madrid, el resultado no correspondió á las esperanzas de su autor. Este descalabro debió serle menos sensible que la injusticia del público que aplaudió poco antes otra comedia original inferior ciertamente en mérito. Era esta comedia, *Coquetismo y Presuncion*, obra de un ingenio gaditano. Criticóla el Sr. Breton en el *Correo Mercantil*, y entablóse entre ambos autores una polémica bastante viva; pero el madrileño tomó venganza mas cumplida y digna de él, consiguiendo á poco tiempo uno de sus triunfos mas brillantes.

Las comedias en verso que hasta entonces habia compuesto el Sr. Breton, lo habian sido conforme al sistema que nos legó Moratin, es decir, en romance octosílabo: este sistema que ciertamente ofrece ventajas para la naturalidad y rapidéz del diálogo, tiene el inconveniente, para los españoles, de privarse de muchas bellezas de versificacion, bellezas á que nos han acostumbrado nuestros dramáticos antiguos, y que son de sumo precio para nuestros oidos meridionales tan sensibles á la armonia y á las galas del lenguage. Tal vez sea este

un defecto, considerado á la luz de la sana critica, defecto que suele engendrar otros muchos, y nos aparta de la verdadera comedia de costumbres; pero defecto de que no podemos prescindir y al cual tienen que sujetarse nuestros poetas dramáticos, sopena de perder una parte de su imperio sobre el público. El hallarse escrita en variedad de metros, habia hecho visiblemente la for tuna de *Coquetismo y Presuncion:* habíala hecho tambien la introduccion de uno de aquellos caractéres que, degenerando en caricatura, reproducen los defectos esteriores de un personage: caractéres destinados únicamente ápromover la risa por medio del ridículo. Conoció el Sr. Breton uno y otro, y resolvió hacer una comedia, siguiendo el mismo sistema. Era esto colocarse por fin en su verdadero terreno, terreno en que nadie podia disputarle la palma. Nació pues la *Marcela*, y encontró su autor el género que debia seguir en adelante para su gloria.

Hallábase el Sr. Breton entonces en toda la fuerza y madurez de su genio: las nuevas empresas recompensaban con mas generosidad las producciones originales; entróse en la época de libertad que alejaba de los autores el miedo de la censura; y por lo tanto, sintiéndose nuestro poeta con fuerzas suficientes para no necesitar del recurso de las traducciones, resolvió abandonarlas, como lo hizo en efecto con muy pocas escepciones. Rompiendo, pues, el dique á su fecunda vena, no ha pasado año sin dar á luz cuatro ó cinco producciones dramáticas, y llega el número de las originales que ha compuesto á la hora en que escribimos, á 42, sin contar varias piezas de circunstancias.

Ademas de la comedia, ha hecho el Sr. Breton escursiones, á otros géneros de poesia dramática, siempre con talento y gran conocimiento del teatro. No hablarémos de siete refundiciones de comedias antiguas, trabajo ingrato y nada glorioso: citaremos solo

una tragedia intitulada *Mérope*, notable por su buena versificacion, y tres dramas, tributo pagado al género romántico que avasalló durante algun tiempo nuestra escena, género que, á la verdad, no se encuentra en armonía con la índole del genio del Sr. Breton; pues mal se avienen las escenas terribles y sangrientas, la pintura de las pasiones exageradas, y el sombrío furor de Victor Hugo, con la musa festiva y alegre que se rie y nos hace reir pintando las ridiculeces de los hombres.

Grandes elogios, críticas sangrientas ha merecido el Sr. Breton en el curso de su vida dramática: pension propia de los que descuellan en cualquier carrera: nosotros empero, que no le juzgamos impecable, que diremos francamente los defectos que le encontramos, creemos que los primeros son mas merecidos, y que la posteridad, asi como sus contemporáneos, dará al olvido las segundas. El autor cómico que siempre, aun en sus obras mas débiles, hace reir desde que se alza el telon hasta que la representacion concluye, que halaga con una versificacion encantadora, que derrama con profusion las sales y los chistes, que pone en escena gran variedad de caractéres, que sobresale por su maestría en el diálogo, tan vivo y animado que dá valor hasta á las situaciones mas insignificantes, que goza por fin de una popularidad inmensa; este autor, decimos, no es un poeta comun, y ocupará en la posteridad un lugar distinguido entre nuestros mas célebre ingenios, mereciendo que se le perdonen sus defectos, asi como á estos se les perdonan los suyos en gracia de las dotes sobresalientes que los adornan.

Pero analicemos un poco cuáles son los defectos que se atribuyen al Sr. Breton, y veamos si tienen todos tanto valor que deban reputarse realmente tales.

Dícese que los planes de sus comedias son pobres, que les falta enredo y complicacion, que por esta causa

carecen de interés, y que á no ser por el diálogo, no podrian sostenerse en el teatro. Pero los que esto dicen no tienen una verdadera idea de la comedia de costumbres. El objeto de este género de composiciones, no es escribir una novela dialogada, no el entretener al espectador con una série de lances sorprendentes ó embrollados: su mérito no consiste en complicar una intriga para densenlazarla con mas ó menos felicidad, en confundir al espectador con multitud de incidentes que tal vez carecen de verosimilitud, en acudir por fin á lo estraño, á lo maravilloso, olvidándose de la naturalidad. Esta es precisamente la prenda que mas debe resaltar en ella: la comedia es una pintura fiel y graciosa de las diferentes escenas de la vida humana, colocados los hombres, no en situaciones estraordinarias, sino en las que comunmente suelen hallarse: es un cuadro donde sobresalen con sus propios colores, caractéres que todos los dias estamos viendo, y que reconocemos con gusto como á amigos en pais estrangero. Si estos caractéres han de tener toda la verdad, toda la exactitud que conviene á una imitacion perfecta, si aquellas situaciones pueden interesarnos, entretenernos, es fuerza descender á pormenores que no admite una trama complicada, que desaparecerian ante la ingeniosa combinacion de multiplicados incidentes. El poeta cómico tiene que hacer lo mismo que un pintor cuando trata de ejecutar en un solo lienzo el retrato de una ó dos personas: no rodea estas personas de otras muchas con las que puedan confundirse; no las hace tomar actitudes estrañas y que no son suyas; no acumula los accesorios que distraerian la vista del objeto principal: al contrario, procura por medio de la sencillez y de cierto aislamiento, que este objeto cautive desde luego y únicamente los ojos; pone su esmero en que nada falte de cuantos accidentes pueden constituir la semejanza, y cree haber conseguido el fin

que se propone cuando la fisonomía y la espresion nada dejan que desear. Asi como su mágia consiste en la perfeccion con que maneja los colores, asi la del poeta cómico estriba en el diálogo, porque el diálogo es en este lo que en aquel es el colorido. Si, pues, ha colocado á sus personages en aquellas pocas situaciones en que mas resalta su carácter, si estas situaciones están pintadas con toda verdad y con viveza, entonces el poeta cómico ha cumplido con su obligacion, y no se le debe pedir mas; y la prueba de que ha cumplido, es que entretiene, divierte, y llega uno al fin de la comedia sintiendo que se acabe, sin haber contado el tiempo, ni echado de menos esa intriga que luego tal vez, cuando pasada la primera impresion, se reflexiona friamente en lo que se ha visto, se advierte que no existe.

Es preciso no confundir la comedia de costumbres con la de intriga, semejante á la de nuestros poetas antiguos, cuyo objeto no era por lo comun pintar caractéres ni costumbres, sino entretener con sucesos novelescos; es preciso no confundirla con el drama que procura aterrar, conmover fuertemente, y que por lo tanto necesita acudir á situaciones menos naturales, y á resortes mas complicados. Asi han pensado siempre los grandes maestros del arte, y sobre estos principios han modelado las obras que en ellos se admiran. El Sr. Breton hubiera errado apartándose de tan seguro sistema, que, á la verdad, no les es dado seguir á todos.

Se acusa tambien á este poeta de no elegir casi nunca sus personages en la alta sociedad, y si solo en la clase media y hasta en la plebe. La misma acusacion se ha hecho á Moliere, á Moratin; pero es tambien acusacion injusta, y la razon es obvia. La comedia se funda en la pintura de las ridiculeces humanas, y las clases altas no son por lo general ridiculas: antes bien todo su conato se dirige siempre á procurar no serlo. En las clases

altas hay vicios, pasiones que pertenecen mas bien al dominio del drama que al de la comedia. Fuera de esto, la clase de educacion que reciben cubre estos vicios, estas pasiones con un trage comun que las hace casi todas iguales, borra las diferencias de caractéres en que estriba la amenidad de la comedia. En las clases medias y bajas, la naturaleza está menos comprimida; el hombre es tal cual le hacen su índole peculiar y el estado en que se halla constituido, y la diversidad de personages da márgen á que el poeta invente escenas nuevas, pudiendo dar carta blanca á su musa alegre y juguetona.

Otro defecto que se suele achacar al Sr. Breton, es el de usar de espresiones bajas y triviales: no tratataremos de justificarle enteramente de esta inculpacion: solo diremos que poniendo en escena personages de la plebe, tiene que prestarles el conveniente lenguage, no el culto que seria una impropiedad en su boca; el omitir semejantes personages, no está en mano de un poeta; y si lo hiciera, se privaria de una fuente inagotable de gracias y situaciones cómicas. La misma necesidad han tenido otros autores, de la misma libertad han usado; y hasta nuestro Moratin, tan mirado, tan escrupuloso, incurrió en igual falta, si falta puede llamarse. El terreno, á la verdad, es en este punto muy resbaladizo, y no es siempre fácil el dejar de traspasar la raya casi imperceptible que divide á veces lo gracioso de lo chavacano. Fuerza es perdonar algunos de estos descuidos en gracia de los chistes de buena ley que con frecuencia salpican el diálogo.

Finalmente, no falta quien llevado de delicadeza suma y con pedantesca exigencia, trata las comedias de Breton de puros sainetes, reprendiéndoles como un crímen el que hagan reir, y tachándolas de no tener profundidad ni filosofía. A esto responderemos lo que ya hemos dicho mas arriba; que el objeto principal del poe-

ta cómico es promover la risa, y que el que lo consigue ha cumplido con su principal obligacion. No comprendemos qué clase de acusacion es la que se hace con el nombre de *sainete*. Un sainete no es otra cosa mas que una comedia en un acto, con una accion sumamente sencilla, y en que se ha acostumbrado introducir, aunque no siempre, personages de la ínfima plebe; pero un sainete puede ser una composicion tan perfecta y de tanto mérito como una comedia en tres ó mas actos, y de hecho los hay de esta clase que han dado fama á mas de un escritor. Si en una comedia donde los interlocutores sean personas bien educadas, se les hace hablar como los manolos de los sainetes, no hay duda que se cometerá un defecto grave; mas si se les da su lenguage propio, aunque alternen con otros de menor esfera, no habrá motivo para denigrar una composicion con apodos impropios, por solo la razon de que hace reir como los sainetes.

En cuanto á filosofía de una comedia, observaremos en primer lugar que siempre tiene la suficiente cuando cumple con su objeto, es decir, cuando condena á la risa de los espectadores personages ridículos ó defectos que sin degenerar en vicios torpes, merecen correccion; pero aun suponiendo que pueda haber mas profundidad en la concepcion del plan y de los caractéres, mas alta intencion en la mente del poeta; diremos tambien que este será un género especial de comedia, con sus condiciones particulares, que agradará mas á cierta clase de personas, como la trajédia ó el drama agrada mas á otras; pero que no es un delito en el Sr. Breton el haberse dedicado á otro género distinto, que tiene tambien sus condiciones y sus dificultades, y que es igualmente del gusto de muchas personas, tal vez en mayor número. Aquel género requiere sin duda una clase de talento diverso del talento del Sr. Breton, pero esto no supone que haya en

él mayor mérito: en literatura los géneros se reparten entre las diversas personas con arreglo á la índole con que las dotó la naturaleza. Nadie puede arguir superioridad porque sobresalga en uno de ellos, puesto que esta escelencia la compra casi siempre á costa de su inferioridad en otros; y el mérito es igual, cuando es igual la altura á que cada uno se ha elevado en su ramo respectivo.

Mas diremos: atendidas las circunstancias en que ha escrito el Sr. Breton, aun cuando la eleccion hubiera estado en su mano, fuera en él acertada la senda que ha seguido. Hemos manifestado las trabas que oponia la censura á los escritores cuando empezó aquel á trabajar para el teatro. La comedia filosófica presentaba demasiados escollos, hartas contingencias de chocar á cada paso con tan implacable enemiga, para que un ingenio que perdia mucho con perder el fruto de sus tareas, se arriesgase á tratar asuntos en que la derrota era inevitable. Ante la suspicaz censura no hubieran encontrado merced comedias que atacasen los vicios de la época ó las ridiculeces de los personages que entonces merecian el azóte de la crítica. Era preciso acudir á defectos mas inocentes, á creaciones que no tuviesen ni siquiera visos de aludir á lo que existia, y se trataba de conservar con empeño; y si aun asi, este temor, paralizó la musa del Sr. Breton, en términos que en diez años escribió menos comedias originales que en dos de los siguientes durante los cuales su vena cómica ha podido campear con mas libertad, ¿qué hubiera sido empeñándose en hacer imposibles, luchando con un obstáculo invencible? Luego que las nuevas instituciones abrieron un campo mas ancho al escritor, nuestro poeta habia ya adoptado su género, formado su estilo, agradado en él, y no es cuerdo abandonar una senda en que se han cogido laureles, para estraviarse en otra incier-

ta; y cuando decimos incierta, pudieramos añadir mas y llamarla peligrosa, calificarla de espuesta á frecuentes caidas. Con efecto, cuando el espectador vive habitualmente en una sociedad conmovida, cuando está rodeado de escenas terribles que le acostumbran á las fuertes impresiones, es error presentarle cuadros en que la fria razon domine ó que se dirijan solo á su enseñanza. Para moverle no hay mas que dos caminos: ó el sombrío terror del drama, ó la risa que casi á su pesar escita en él la pintura, si quier exagerada, de nuestras ridiculeces. En este último caso, al menos, olvida por un instante los males que le agobian, se acallan sus pasiones, y bendice al ingenio que le procura dos horas de contento.

El Sr. Breton, pues, no ha tratado nunca de profundizar hondamente en el corazon del hombre, de arrancarle sus secretos, de sacar á plaza sus pasiones y sus miserias: se detiene en la superficie, observa y pinta su esterior, traslada al teatro su fisonomía y su lenguage, y esto lo hace casi siempre con perfeccion. No tiene pretensiones de filósofo ni de profundo moralista: juega con sus personages, se rie con ellos y comunica esta risa á los espectadores. El hombre que al hablar repite á troche y moche su insoportable muletilla, el militar brusco y hablador, el romántico de afectada languidez, el enteco lechuguino, el andaluz jactancioso, el hidalgo de aldea mal criado, la lugareña orgullosa, la indiferente dormilona, la prendera habladora, la vieja maliciosa ó impertinente, estos y otros muchos caractéres aparecen sucesivamente en sus comedias como en una inmensa galeria de retratos, todos originales, todos verdaderos, aunque tal vez algo recargados, como lo permite y aun lo exije la comedia, ostentando el autor suma exactitud de observacion é imaginacion fecunda. Si á esto se añade un lenguage siempre castizo; una versi-

ficacion fluida, armoniosa; una asombrosa riqueza de consonantes; un diálogo vivo, animado, inimitable; una profusa variedad de metros, no habiendo uno, por difícil que sea, con el que no juege cual si fuese prosa: dígase si al que tantas y tan sobresalientes dotes reune, hay justicia para pedir lo que no ha estado en su mano ni ha debido hacer.

Esto no quiere decir que dejemos de reconocer defectos en este fecundo poeta: nosotros mismos somos de los que quisieramos á veces mas meditacion en sus planes, meditacion compatible con la sencillez que hemos alabado; deseariamos igualmente, á pesar de lo que llevamos dicho, que no se hubiese en ciertos casos detenido en la superficie de sus asuntos, pudiendo haber profundizado mas en ellos, sin menoscabo de la risa: creemos por ejemplo, que el fecundo asunto de *¿El qué dirán y el qué se me da á mi?* es decir, el temor y desprecio de la opinion, ofrecia mas campo que el de un baron que niega su hija á un sobrino por haber seguido el comercio, y el de una vieja que se quiere casar con su criado: creemos igualmente que las *Flaquezas ministeriales* no se limitan á tener relaciones con una muger perdida, existiendo otras mas trascendentales y dignas de la censura escénica. Quisieramos, por fin, que no abusase tanto de los esdrújulos, de metros mas aplicables á la poesía lírica que á la dramática, y de consonantes estraños, con lo que si bien ostenta su prodigiosa facilidad, incurre á veces en afectacion; dando ademas un ejemplo peligroso á los jóvenes que le imitan en esto, sin poseer sus recursos dramáticos.

Aunque el campo donde brilla el Sr. Breton es el de la risa, hállanse no obstante en sus comedias rasgos de ternura y sensibilidad, tanto mas notables cuanto á veces se encuentran en personages toscos, que con su rudo lenguage espresan sentimientos que parecen requerir

términos mas elevados, siendo solo este autor capaz de presentarlos bajo de aquella forma. Todo el mundo ha aplaudido las siguientes quintillas que dice D. Frutos á su novia en *En el pelo de la dehesa.*

Tú vivirás satisfecha.
Mis ganados, mí cosecha,
mis haciendas, mi dinero,
todo es para tí, lucero,
desde la cruz á la fecha.
Es tosca mi educacion
para aspirar á tal moza,
yo te hago esta confesion;
pero tengo un corazon
como de aqui á Zaragoza.
El encontrará camino
de agradar á mi muger.
Para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.
En lo que yo no esté ducho
corrige tú mis maneras,
verás que dócil te escucho.
Tú harás de mi lo que quieras....,
siempre que me quieras mucho.
Asi con igual placer,
luego que al pié del altar
me digas: soy tú muger,
tú me enseñarás á hablar;
yo te enseñaré á querer.

Debemos confesar, no obstante, que á nuestro entender, no es en la pintura del amor en lo que mas sobresale este poeta. Esta falta la atribuimos al modo que tiene en lo general de concebir á la muger. El tipo ideal de las mugeres para el Sr. Breton es la *Marcela,* es decir, la muger fina, amable, virtuosa, pero poco sensible,

con escaso corazon y algo coqueta; que se posee y se recela de los hombres; que está dispuesta á amarlos; mas no se apasiona por ninguno; que entrega su mano por reflexion, no por ciego cariño. Este tipo lo reproduce el Sr. Breton con frecuencia, aunque variando algun tanto los accidentes. Ya es una niña dispuesta á casarse indiferentemente con cualquiera, ya una jóven que quiere á un galan y se resigna sin sentimiento á dar su mano á otro: ora, la que se enamora de uno, olvidando á su primer amante, vuelve á este dejando á aquel plantado; ora la que está comprometida á casarse, se disgusta de su novio y le dá calabazas por el amante tímido cuya pasion alienta hasta hacer que se declare. No negamos que de todo esto suelen resultar escenas muy cómicas; pero es lo cierto que el amor en los personages del Señor Breton no es nunca vehemente, ni los afecta mucho. La disculpa de esto puede hallarse en que el amor no necesita pintarse en la comedia con tan vivos colores como en la tragedia ó el drama, donde las pasiones hacen siempre un papel mas importante.

Con todo, momentos hay en que una muger animada por un cariño tierno y puro, halla acentos que parten el corazon y conmueven profundamente. Por ejemplo, en la linda comedia *Ella es él*, dice Camila los siguientes versos:

Alejo no sabe nada:
lo juro, si asi no fuera,
antes mil veces muriera
que ver su honra mancillada.
Mas yo tengo honra tambien,
yo tambien tengo una vida,
y doila al hierro homicida
por salvar la de mi bien.
¿Qué mucho? El me hace dichosa,
y yo le quiero constante

con el delirio de amante,
con la ternura de esposa.
No lo tome usted á agravio
recordando que tal vez
oí grata en mi niñez
alabanzas de ese labio;
que las mugeres honradas
quieren amar de solteras,
mas quizá no aman de veras
hasta despues de casadas.
Ceda esa saña cruel,
ó yo la reclamo toda;
que si hubo culpa en mi boda,
yo la cometí, no él.
Funda oficial veterano
en las armas su blason:
él, de blanda condicion,
jamás las tomó en la mano.
Si porque usted no le afrente
combate con tal maestro,
morirá por menos diestro,
y no por menos valiente;
y usted despues muy ufano
dirá: ¡vencí en la pendencia,
robé un padre á la inocencia
y á la patria un ciudadano!
Si con tales regocijos
esa alma cruel se exalta,
¡muera yo, que menos falta
haré yo á mis pobres hijos!

Tal vez no disgustará oir al Sr. Breton espresar en tono mas elevado los tiernos afectos de una muger. He aquí como, acusando á Polifonte, se esplica Mérope en la tragedia de este nombre,

¡Cruel! ¿Qué gloria

á tú nombre esa víctima daria?
Tú reinas, y la cólera del cielo
no provoca tu injusta tiranía.
¿Qué falta á tu ambicion? ¿La horrenda carga
de tanto y tanto crimen no te abruma?
¿No es mi existencia ya bastante amarga
sin que me robes el postrer consuelo?.....
¿Qué digo, miserable!
No le hay ya para mí; no le hay..... Perdona.
Me enagena el dolor. ¡Ay! A la Parca
no plugo reservarme en mi infortunio
uno tan solo de mis tiernos hijos.
Todos á par del ínclito monarca,
caro autor de su efímera existencia,
inmolados por tí..... por tus secuaces,
al pié del casto lecho fenecieron.....;
al menos para mí. Si uno respira,
si tanta fué del cielo la clemencia,
su vida es un arcano
para su triste madre.—¿Y qué temores
te pudiera infundir el infelice?
¿Quién le diria que en dorada cuna
nació, prole de Alcides? ¿Quién pudiera
de sus hermanos, de su egregio padre
revelarle la mísera fortuna?
Yo misma, te lo juro, no osaría
el negro velo de mi aciaga historia
á su ojos alzar. Yo templaria
su belicoso ardor si de la sangre
el imperioso grito le arrastrara
al áspero sendero de la gloria.
Yo á vivir sin desvelo, sin afanes
en grata oscuridad le enseñaria.
No veria á la viuda de Cresfonte
en su llorosa y abatida madre;

no en mi marchita frente
la antigua magestad; veria solo
la amargura, el terror........

Pero dejando la parte sentimental, veamos al Sr. Breton en su verdadero terreno. He aqui en la comedia de *Mi secretario y yo* una muestra de su facilidad en versificar, empleando á veces consonantes difíciles, y del arte con que caracteriza á un personage haciéndole emplear los términos de su profesion en una cuestion de amores. Dice D. Fabricio hablando de su pasion hácia la condesa:

¿Qué quiere usted? Sobre un tercio
de bacalao truchuela
me envió á Madrid mi abuela
aplicándome al comercio.
Contento yo con mi noble
profesion y mi retiro,
tomé lecciones de giro,
cursé la partida doble,
dejé mi sueldo á interés,
pasé desde el mostrador
á la caja, y tenedor
de libros me vi despues;
y á fé, cuando vara á vara
media percal ó gró,
no esperaba llegar yo
ni á tenedor ni á cuchara.
Giré luego de mi cuenta,
gané suma sobre suma,
y creció como la espuma,
con mi crédito mi renta.
Acierto en cuanto calculo,
y hoy compraria á Bilbao
el que adjunto al bacalao
vino terciado en un mulo.
Cinco y dos, siete; y tres, diez;

quito nueve, uno me resta:
toda mi doctrina es esta;
sépalo usted de una vez.
No me ocurre el pensamiento
de tenerme por borrico,
que quien sabe hacerse rico
tiene sobrado talento;
pero en punto al diccionario
de caballero galante,
soy un necio, un ignorante,
no sé ni el abecedario.
No se habla á dama gentil,
llevando en el pecho un dardo,
como se maneja un fardo
de cacao Guayaquil.
Yo, tan valiente en el banco,
tan temerario en la lonja,
tímido como una monja,
viendo á esa muger me atranco;
¡y diera por su conquista,
sin exijir el recibo,
un millon en efectivo
y otro en letras á la vista!
¿Declararla mi pasion
cara á cara? ¡Oh! no haré tal,
No tengo yo capital
para esa especulacion.

Hé aqui como un hablador describe á otro hablador haciendo asi su propia y exacta pintura.

Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabára en quince dias
á no hacerle yo acostar;
y vuelta á su palomar,
y torna á sus profecias;

y retorna al nacimiento....
¡Digo! ¡Pues tenia traza
de dejarme meter baza!
¡Oh, que hablador tan sangriento!
Aquello era por demas.
Hija ¡ que nube ! ¡ que nube !
Intencion mil veces tuve
de enviarle á Satanás.
No lo puedo resistir:
me desesperan, me endiablan
esos que hablan y hablan y hablan
sin respiar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama D. Facundo
Valentin, Perez y Perez.
No hay poder hablar con él.
Si, si, ¡ facilito es eso!
En soltando la sin hueso
á ninguno da cuartel.
Un dia se puso á hablar
conmigo: yo le queria
interrumpir. ¡ Boberia!
Sintió que iba á estornudar.
En tan critico momento
¿ qué hace? La boca me tapa,
el estornudo se escapa,
y prosigue con su cuento.
¡ Digo! Esto es ser hablador.
Pues con tanta algaravia,
por cartujo pasaria
al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
¡ Valgame Dios, que carcoma!....
No lo tome usted á broma:

eso es una enfermedad.
Vamos, aun me dan sudores.
¡Que suplicio! ¡que agonía!
¡Jesus!!! Mala pulmonía
en todos los habladores.

Pudiéramos citar ejemplos de diálogos llenos de viveza, soltura y gracia: nos contentaremos con el siguiente sacado de la *Batelera de Pasages*, al que no escede en dulzura ninguno de los de nuestros cómicos antiguos, y que recuerda por el gracejo y malicia los de Tirso de Molina.

BUR. ¡Bien haya una y mil veces
la playa de la Herrera,
que cria entre sus peces
tan linda Batelera!
FAUST. ¡Vamos al bote!
BUR. Es pronto.
Asi como tú eres
debió salir del Ponto
la diosa de Citeres.
FAUST. ¡Vaya! Me da vergüenza
tanta lisonja. ¡Calle!
BUR. Con esa rubia trenza
sobre el airoso talle,
y el sombrerillo leve,
que amor formarle pudo,
y albo como la nieve
el bello pie desnudo.
FAUST. ¡Eh, señor! no comience
á usar esos.... lenguajes.
Mas claro es el vascuence
que hablamos en Pasages.
BUR. Aunque la espada ciño,
tengo algo de poeta.
PET. (¿Poeta? ¡Buen aliño!

No tendrá una peseta.)

BUR. ¿Y quién no lo seria
luego que te mirára?
Que hay mucha poesía
en tu donosa cara.

FAUST. Poeta es el maestro
de la vecina escuela,
y á diestro y á siniestro
miente que se las pela.

BUR. ¿Cabe ser embustero
con tan gentil doncella?
Pues ¡qué! ¿soy yo el primero
que te ha llamado bella?

FAUST. Juan me lo llama, y Bruno
el hijo del tendero,
y Luis:... (¡Pero ninguno
con tanto resalero!)

BUR. Y pongo por testigo
al cielo ¡oh mi tesoro!
que la verdad te digo
si digo que te adoro.

FAUST. ¡Tan pronto!

BUR. Asi lo quiso
el hado....

FAUST. Esa no cuela.

BUR. Verdad es... con permiso
del maestro de escuela.

FAUST. No creo yo en la llama
de amor tan repentino,
que tengo mucha escama
y usted va de camino.
Suelen asi en tinieblas
dejar los horizontes,
mi capitan, las nieblas
que engendran esos montes.

y el sol antes que llueva
las borra con su influjo,
ó un viento se las lleva
contrario al que las trujo.

BUR. Si tú mi dicha labras,
no temas sinsabores.

FAUST. ¿Quién fia de palabras?

BUR. Pero.....

FAUST. Obras son amores.

BUR. Obras mi amor sincero,
si alivias tú mis penas,
hará.....

FAUST. Lo creo, pero.....
¡falta que sean buenas!

PET. ¿Qué esperas? Ven, Faustina.

FAUST. Ya voy.....

PET. ¿Quito la amarra?

FAUST. Vamos, señor.

BUR. *(queriendo tomar una mano á Faustina.)*
¡Divina!

FAUST. ¡Quieto! No soy guitarra.

BUR. ¿No me has de dar siquiera
la mano que te pido,
preciosa batelera?

FAUST. ¿La mano? ¡A mi marido!

BUR. ¿Le tienes ya?

FAUST. Yo llamo
marido al que lo sea.

BUR. ¡Respiro! porque te amo....

PET. ¡Qué baja la marea!

BUR. Sí, batelera mia,
y si el amor te humana,
bien puede ser que un dia
tú seas capitana.

FAUST. No es digna una barquera

de tan ilustre dueño.
(¡Ay Dios, si se cumpliera
mi regalado sueño!)

Bur. No tanto te rebajes,
que eres.....

Faust. Un pino de oro;
¿eh?..... Vamos à Pasages
á ver al Comodoro.

Bur. Firme como esa peña
mi corazon ardiente.....

Faust. ¿Asi se desempeña
la comision urgente?

Bur. Al mal que me devora
mas urge el si que imploro.

Faust. Luego..... Vamos ahora
á ver al Comodoro.

Bur. Partamos. No te inquietes.

Pet. (¡Poder de un uniforme!)

Bur. Pero, en fin, me prometes?.....

Faust. ¿Yo? Segun y conforme—
¡Al bote!

Bur. ¡Espera! Temo....
Ligera es como pluma.

Faust. Vamos, que ya mi remo
riza salobre espuma.

Bur. Yo de su rudo peso
te aliviaré, bien mio.

Faust. ¡Calle! El no entiende de eso.
Entre acá y ¡al avio!

Bur. ¡Tan bella criatura
remar cual galeote!

Faust. ¡Eh! Somos gente dura,
y es ligerillo el bote.

Bur. ¿Y he de estar yo en el ocio
cuando.....

PET. Entre y no replique.
FAUST. ¡Haremos buen negocio
si usted nos echa á pique!
BUR. Entro, pues.
FAUST. No le marre
el pié.
BUR. (De amor me quemo.)
Dame la mano.
PET. Agarre
la punta de este remo.

Creemos que no se necesitan mas citas para presentar muestras del estilo del Sr. Breton en casi todos los géneros. Hemos procurado dar una idea de su teatro, particularmente en el género cómico, que es el que le da mas derechos á la gloria. Lleno de originalidad, se ha formado un estilo propio, de tal suerte, que se puede reconocer una comedia suya entre mil; y cuando se estrena alguna, á los pocos versos despues de alzado el telon, todos los espectadores adivinan ya de quién es. Manifestando con franqueza los defectos que tiene en nuestra opinion, nos ha parecido oportuno justificarle de otros que con poca razon le achacan, y ni para uno ni para otro nos ha arredrado la amistad que con tan apreciable autor nos une.

Durante los diez años que transcurrieron desde 1823 hasta 33, el Sr. Breton se abstuvo de pretender nada de aquel gobierno, fundando solo su honrosa subsistencia en el trabajo que, si bien no le procuraba grandes recursos, le grangeaba al menos un buen nombre. Aun despues que varió el sistema de gobierno, tampoco pensó en solicitar destino alguno, pero subieron al ministerio hombres ilustrados y poetas distinguidos que no podian dejar olvidado al que ya gozaba de tan justa fama. D. Javier de Burgos colocó al Sr. Breton en la Secretaria del Gobierno político de Madrid, y el Sr. Duque de Ri-

vas en Julio de 1836, le nombró Bibliotecario segundo en la clase de primeros en la Biblioteca nacional, destino mas adecuado que aquel para un literato. En ambos, el Sr. Breton, lejos de entregarse al ocio, redobló de esfuerzos; y en medio de las tareas que su empleo le imponía, halló tiempo suficiente para dar nuevas obras originales, aun con mas frecuencia que antes. En el año de 1839 el Sr. Marqués de Valgornera, queriéndole dar una muestra de su aprecio, le concedió los honores de Secretario de S. M.

El Sr. Breton fué una de las víctimas del pronunciamiento de Setiembre, como lo fueron otros muchos literatos. No queremos dar á esta biografía un carácter político, y por esta razon no nos detendremos en esta parte de la vida del Sr. Breton: todo Madrid sabe que á consecuencia de una comedia de circunstancias que le encargó el Ayuntamiento, parte del público que asistia á la representacion se creyó ofendido; que la vida del autor corrió peligro, y que al otro dia la Junta de Madrid publicó su destitucion en la Gaceta. Desde aquella fecha continua escribiendo con mayor ardor que nunca, y encuentra en la recompensa de sus labores, ademas de gloria, un resarcimiento honroso del empleo que ha perdido. Ni echa de menos su destino, ni apetece volver á él, contento con su suerte. Estraño á la politica, jamás ha querido tomar parte en ella, porque sabe que todo buen ciudadano sirve á su patria cuando hace un uso honroso de los talentos con que le ha dotado el cielo, y los del Sr. Breton no darán escasa cosecha de gloria á la suya. Buen esposo, buen amigo, adornado con todas las virtudes del hombre de bien, de costumbres puras é irreprensibles, de apacible carácter, de trato ameno, es apreciado de cuantos le conocen.

Su reputacion literaria no podia menos de abrirle las puertas del primer cuerpo literario de la nacion: con

efecto, la Academia española le admitió en su seno, por unanimidad, en Mayo de 1837, y es hoy uno de sus individuos de número.

A continuacion insertamos la lista de sus composiciones dramáticas originales.

ANTONIO GIL DE ZARATE.

A la vejez viruelas.	Comedia.	3 actos.	Prosa.
Los dos sobrinos.	id.	5	Verso.
El Ingénuo (*inédita*).	id.	5	id.
A Madrid me vuelvo.	id.	3	id.
La Falsa ilustracion (*inédita*).	id.	5	id.
Achaques á los vicios (*id.*).	id.	3	Prosa.
Marcela.	id.	3	Verso.
Un novio para la niña.	id.	3	id.
Un tercero en discordia.	id.	3	id.
Me voy de Madrid.	id.	3	id.
Elena.	Drama.	5	id.
Todo es farsa en este mundo.	Comedia.	3	id.
El hombre gordo.	id.	1	Prosa con coplas en el diálogo.
La Redaccion de un periódico.	id.	4	Verso.
Mérope.	Tragedia.	3	id.
El amigo mártir.	Comedia.	4	id.
Flaquezas ministeriales.	id.	5	id.
Una de tantas.	id.	1	id.
¡Muérete y verás!	id.	4	id.
El Pró y el contra.	id.	1	id.
El poeta y la beneficiada.	id.	2	id.
D. Fernando el Emplazado.	Drama.	5	id.
Ella es él.	Comedia.	1	id.
Medidas estraordinarias.	id.	1	id.
El hombre pacífico.	id.	1	id.
El qué dirán y el qué se me dá á mi.	id.	4	id.

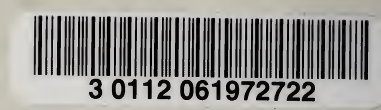
Un dia de campo.	id.	3 actos.	Verso.
El novio y el concierto.	Zarzuela.	1	id.
No ganamos para sustos.	Comedia.	3	id.
Una vieja.	id.	4	id.
Vellido Dolfos.	Drama.	4	id.
El Pelo de la dehesa.	Comedia.	5	id.
Lances de carnaval.	id.	1	id.
Pruebas de amor conyugal.	id.	2	id.
El cuarto de hora.	id.	5	id.
Dios los cria y ellos se juntan. . .	id.	3	id.
Cuentas atrasadas.	id.	4	id.
Mi secretario y yo.	id.	1	id.
¡Qué hombre tan amable!	id.	3	id.
Lo vivo y lo pintado.	id.	3	id.
La pluma prodigiosa.	id. mágia.	3	id.
La Batelera de Pasages.	Drama.	4	id.



This book is given special protection for the reason indicated below:

Autograph	Giftbook
Association	Illustration
✓ Condition	Miniature book
Cost	Original binding or covers
Edition	Presentation
Fine binding	Scarcity
Format	Subject

L82—5M—12-57—64525


3 0112 061972722